

Dos años después de que la palabra Covid-19 apareciera para estar presente en cada noticiario, en cada reunión de amigos, en cada conversación ligera en un supermercado, parece misión imposible encontrar nuevos puntos de vista. Científicas, enfermeros, comerciantes, medicas, transportistas, profesores y mayores: todos han hablado de este virus que confinó al mundo en sus hogares, eliminó los abrazos y el bullicio en las calles durante meses, y con el que ahora la sociedad convive después de seis olas y tres campañas de vacunación. En todo este tiempo existe un colectivo que apenas ha sido escuchado: los adolescentes.

“La gente se quejaba de vivir en una época aburrida y estamos viviendo dentro de un libro de historia”. Son las palabras de Alejandro Martín, de 17 años, y Elena Díaz, que recién los ha cumplido, reunidos con Paula Molina, de 14, Ana María Martín, de 16, Pablo Martín, de 14, y Miguel Bueno, de 15, en un encuentro organizado por Lanza en el Espacio Joven de Ciudad Real con motivo del ‘segundo aniversario’ de la pandemia. Fue el 4 de marzo de 2020 cuando la Dirección General de Castilla-La Mancha confirmó el primer positivo en SARS-Cov-2 en la provincia. Desde entonces, Ciudad Real ha registrado más de 118.000 contagios.

El Covid fue un “meme”

No es novedad. La primera vez que escucharon hablar del virus fue a principios de enero de 2020, pero dicen que les llegó “como si fuera un meme”. “Como todo el mundo se lo tomaba a broma, pues yo igual”, dice Alejandro Martín. La guasa siguió, incluso cuando en la semana previa a la declaración del estado de alarma en España los mandaron a casa sin clases presenciales. Ana María cuenta que la idea era, “vamos a estar 15 días de vacaciones sin clase, y luego volveremos y todo normal”. Elena, sin embargo, tuvo un “pálpito” aquel 14 de marzo en el que salió el presidente del Gobierno, Pedro Sánchez, y dijo que empezaba el confinamiento. “Yo estaba súper paranoica y lo pasé super mal. Yo decía, de aquí no salgo viva”, confiesa.

Mascarilla, desinfectantes, China. Son las palabras que les vienen a la mente cuando les nombran el Covid-19. También caos y desconocimiento. Miguel piensa “en el riesgo, no solo a contagiarte tú, sino a la gente con la que convivías, a los abuelos”, y además nota “impotencia”. En estos 24 meses los jóvenes de Ciudad Real han tenido que aprender a convivir con el temor a contagiar a su entorno y con la frustración de que, a pesar de las precauciones, en muchas ocasiones al final han llevado el virus a su casa. “El día que me contagié me sentí muy culpable, porque estoy convencido de que se lo pegué a mis padres y a mi hermano. Dije, ¿qué he hecho”, comenta Pablo.

Siestas, brownies y entrenos de ballet en un piso

Mientras que estudiaban en la cocina, porque todos los miembros del hogar tenían que trabajar desde casa, y a coordinarse para no hacer ruido, los adolescentes aprendieron en pleno confinamiento a hacer dulces, conocieron las bondades de la siesta y cogieron hasta manía a las videollamadas. “Antes me costaba mucho dormirme, y desde esto, pues duermo mejor. Claro, tampoco tenía otra cosa que hacer. Y claro, ahora me cuesta mucho desengancharme”, cuenta Pablo. Desde entonces Miguel toca la guitarra y Ana María cocina más, brownies y bizcochos, a pesar de que su madre no la deja entrar en la cocina



porque luego no limpia. Paula ahora valora mucho más sus clases de ballet.

Como para el común de los mortales, el mejor momento del día era cuando salían al jardín, “con 10 metros cuadrados de césped para poder respirar”, o las 8 de la tarde, cuando salían al balcón a aplaudir a los sanitarios y a los servicios esenciales. Les transmitía mucho “la unión de la gente”, que dicen que antes nunca habían visto. Eso sí, el encierro dio para sensaciones de todo tipo. Les irritaba no poder entrenar bien por la falta de espacio de los pisos y las clases online, que “llegaron de golpe, sin tiempo para organizar nada y que como todo fueron un desastre”, e incluso pasar tanto tiempo en familia, “porque no es fácil aguantar durante 24 horas a la misma gente sin cambiar de aires”.

La ‘nueva normalidad’: adiós al contacto físico y a las excursiones

Por si el confinamiento fue poco, la vuelta a las clases en la ‘nueva normalidad’ no fue la mejor, con miles

de restricciones. Parecían “una tumba”, el impacto fue tan brutal como el “silencio sepulcral” de las calles vacías. “Entre las mascarillas y que estábamos separados, es que nadie hablaba”, señala Alejandro. A pesar de estar en una etapa de la vida marcada por las relaciones sociales, el contacto con el entorno y el sentimiento de grupo, los jóvenes salieron con “un miedo terrible” a acercarse a la gente. “Creo que con las personas que conocí en ese contexto, la relación se hizo mucho más distante desde el punto de vista físico. Me costó mucho darles abrazos o besos”, reconoce el joven. Hábitos que consideraba antes naturales ahora le cuestan más y Alejandro reflexiona que la pérdida del contacto físico repercute en la comunicación.

“Cuando empezó el confinamiento tenía 12 años y en 2023 cumpla 16. Son cuatro años que se han perdido en nada, en el que las relaciones sociales se han reducido”, comenta Miguel, que cursa tercero de la ESO. Durante los sucesivos confinamientos, cuenta que “de la noche a la mañana nuestros contactos se redu-